

Por Carlos Balaguer

Teresa murmuraba una canción en la cocina. Yo escuchaba sus vueltas desde una habitación cercana. Las paredes de adobe blanqueadas de cal repetían el eco sonoro de su voz de muerto. Después la escuché en el pequeño comedor de la casa que daba a un jardín de flores azul lila inmensas.

Me llamó a desayunar. La mesa estaba servida con el calor familiar de su sombra. La leche caliente en un jarro de porcelana antigua saltaba en volutas de vapor, nadiificándose.

Teresa, arrimada al turbio vidrio de la ventana que daba hacia la inexplicable floración dio un grito de lástima.

—Las ramas negras que desde tiempo atrás vienen creciendo en la tierra, alimentándose del verde de mi amor han florecido negramente —dijo—. Un pájaro extraño que nació del pecho de la hija del pescador Gregorio se ha herido en la rama y sangra. Sangra. La rama sangra rojamente. La negra rama está que sufre y se derrama su color carmin, púrpura maldito.

Fui hasta su lado, creyendo que su ceguera estaba en su climax más amargo. Pero vi lo mismo que ella. Nuestros ojos, desde que comenzamos a crecer como la yerba del cielo, se acostumbraron, con nuestro cariño de hermanos, a verlo todo de la misma manera. A veces a negrificar la flor, o a florecer el negro profundo.

Tenia razón. La sangre escurrió a lo largo de la rama, deshilándose religiosamente su placentero dolor. Pero había que olvidar el noble pájaro nacido fatalmente en el pecho de la hija del pescador. Eso sí dije. No era conveniente para su salud que siguiera teniendo impresiones fuertes aunque estuviera muerta. Las personas, tristes y amorosas como Teresa, necesitan reposo —aun ya fallecidas— porque la cognoscencia de ser nos fatiga más que la tradición de la familia de tirar un poquito de sal al lado izquierdo, destinada al demonio. Era forma de mantener la buena fortuna.

Sobre el suelo del patio de la casa —bajo la sombra de umbrios guarumos— había regadas gotas negras. Los árboles sangran a veces y su sangre, si es de esperanza, tiene un color verde oscuro. Casi negro.

La hija del pescador llegaba en esos instantes por el portón de la entrada. Fue hasta mi sollozando.

—Mi padre no volvió jamás desde la noche que salió a pescar —dijo—. Algunos piensan que un fabuloso pez enorme se lo tragó más allá de las aguas. o

que perdió rumbo y no pudo regresar. Estoy asustada: el destino nos alcanza. ¡Aun no sabemos qué hay más allá de la ruta de un viejo pescador y si la indeleble barcaza de madera en que navegamos pos devuelve! La verdad es inalcanzable, es más inalcanzable que la línea horizontal del mar. En este pueblo condenado, la respuesta del cielo es inalcanzable.

—No debes guardar en tu corazón la confusión de algo que nace de tu pecho: aletea, crece; y se da al vuelo para que al final llegue a caer herido sobre una rama negra. La vida nos tiene de esperanza. Hay que saltar y alcanzar a Dios.

—Pero debo hacerte una revelación: En estos instantes en que los bejucos de campanulas cre-

en el espejo salado de las aguas. Y te hará otra revelación: tu verdadero nombre tiembla escrito en el agua mansa. Esta en mi pecho, entre mis senos erectos: en mi aliento agitado por tu presencia.

Pero yo apenas si la escuchaba. Me incliné sobre el agua de la fuente y no vi mi rostro sino el vuelo de un sueño. Largo como una libélula infinita, que se perdía en el aire, entre irregulares temblores. Mi nombre era Narciso y nunca lo supe. Y por mucho tiempo pase ante el reflejo del agua y nunca vi mi rostro, aunque fingi hacerlo. No llegue a conocerme. No llegué a sentirme poseído de mí: solamente apreciando en mi lugar un vacío inalcanzable en verdad. Menti siempre. El Narciso de la histo-



Narciso, ciego ante Dios

cen a nuestro pies —enredándonos— y avanzan por el cuerpo con sus yemas verdes y puntiagudas como lenguas de serpientes; todo esto es algo que sucedió en el pasado. Dentro de veinte años o más, estaremos en este mismo lugar y yo te dare la noticia de un pescador perdido

ria que nunca se conoció. "Narciso —concluyó la hija del pescador— pasará todo el tiempo fingiendo ver su rostro. Con sus ojos ciegos como la superficie clara y eterna de una fuente. Su alma permanecerá durmiendo al otro lado del agua".

Otra Vez Picasso

Por Ramón J. Sender

SAN DIEGO.— ¿Otra vez? Picasso ha sido y será siempre un tema de actualidad. De actualidad palpitante como decían nuestros abuelos en los tiempos en que la actualidad palpitaba. Es decir antes de la televisión.

En todas partes se organizan exposiciones y todo ese movimiento entusiasta no es sino el comienzo de lo que va a ser el año próximo la celebración del centenario del nacimiento de Picasso en Malaga, una de las ciudades mediterráneas de moda.

Porque las ciudades tienen modas, también. Las del Mediterráneo francés pasaron hace tiempo a la historia con excepción de alguna como Cannes en cuyos alrededores, por cierto, vivió Picasso los últimos años de su vida. Los pintores suelen ceder su aureola a las ciudades. Así Tiziano en Venecia, Velázquez y Goya en Madrid, el Greco en Toledo.

Yo conocí personalmente a Picasso. Era el hombre menos consciente de su propia importancia que se puede imaginar. Era un genio, desde luego, pero como he dicho otras veces todo el mundo al nacer es un genio y sigue siéndolo durante su vida. Unos lo expresan pintando, otros escribiendo poesía o prosa o componiendo música, algunos promoviendo doctrinas políticas o filosóficas o creando estructuras matemáticas. La inmensa mayoría ponen su genio en su labor diaria y en la compleja tarea de establecer y condicionar sus reciprocidades con los demás.

Todo el mundo es excepcional. En un sentido positivo o negativo. Menos los deficientes mentales que, no pudiendo tolerarse a sí mismos, se dedican a escribir anónimos. Ahora bien, si todo el mundo es excepcional y todos tenemos genio resulta que —por la ley de la mas elemental dialéctica— todos somos iguales. Aunque algunos mas iguales que otros, como decía Orwell.

Picasso logró expresar su excepcionalidad con la pintura. En su caso como en el de cada cual se trata de interpretar la realidad que vive y hacerla patenta a los demás: "Yo no tengo la culpa —decía— de ver mas que los otros". Así de simple suele manifestarse el genio.

El Greco decía también cosas elementales: "La pintura es cosa de la mente". Todo es cosa de la mente, claro, en materia de expresión. Picasso lo prueba mejor que ningún otro pintor en nuestros días. Pudiendo pintar como Velázquez o como Rafael, pinta sin embargo telas tan excepcionalmente chocantes como "Les demoiselles d'Avignon". Podría haber pintado lo mismo la Concepción de Murillo o el Cristo de Zurbarán. Pero estaban ya pintados, y la realidad que nos rodea a todos es infinitamente variable e igualmente sugestiva en sus variaciones.

Pintó Picasso la suya sin preocuparse de tendencias ajenas, de modas o de corrientes en boga. El creó las tendencias, las corrientes y las bogas y todas se llamaban Picasso. No era dueño de su pintura sino esclavo. "La pintura me domina y me tiraniza", decía. Esa tiranía de la expresión, cuando uno acierta a expresarse, es la única tiranía placentera.

Pocos hombres fueron tan felices como Picasso, ciertamente. Aunque todos tengan en su excepcionalidad y su genio natural las mismas posibilidades. Lo curioso de Picasso es que fue igualmente feliz en sus tiempos miserables del Bateau Lavoir. Allí conoció todas las molestias de la pobreza, aunque no la soledad porque siempre tuvo al lado de una mujer hermosa. Más tarde y en los años de mayor esplendor y celebridad —cuando, como solía decir, todos los días ganaba el primer premio de la lotería — no cultivaba lujo alguno.

Eso de la lotería lo decía riéndose y burlándose de su propia fortuna.

Vivió siempre igual. Nunca dio un paso por estímulos de provecho económico, pero tampoco se desvió un ápice de la dirección de su gozosa esclavitud. ¿Hay algo más glorioso que aceptar a expresar cada cual por sus propios medios ese genio que a todos nos ha dado Dios al nacer?

A los ateos igual que a los místicos de Avila o de Salamanca. Y cualquiera que sea el templo de nuestra fe o de nuestro escepticismo.

Conoci a Picasso en Paris cuando estaba pintando el famoso Guernica y era realmente el hombre que había imaginado a través de su obra. Un hombre sencillo e incluso humilde identificado con su propia realidad secreta tratando de incorporarla a esas zonas de la sensibilidad ciudadana en las que todo el mundo coincide. No era fácil, claro.

Lo consiguió y su victoria es la más completa, sonora y resonante en la historia de las artes y en todos los tiempos y países. Sin deterioros de vejez, desencanto o fatiga porque a los noventa años pintaba con la misma dedicación entusiasta que a los veinte. El único visitante a quien permitía entrar en su estudio (cuya llave llevaba en el cinto) era una cabra que por cierto ensuciaba la escalinata de mármol de su villa La Californa.

Las calas del Mediterráneo son calientes como hornos, aunque no tanto como las Californias del Pacífico. El nombre, además, tiene antecedentes en los libros de caballerías como los tienen algunos lugares del Quijote. También amaba Picasso a su Dulcinea y era España por la cual ganó batallas memorables. Esta del Guernica es la más famosa y también la más controvertible. Como siempre, después de las batallas unos dicen que sí y otros que no, Y todavía hay otra clase de genios naturales que no discrepan ni asienten sino que dicen como suele decir la naturaleza y el universo entero: quizás.

En eso estamos. Quizas. A propósito, el cuadro de Guernica debe quedar incorporado al museo del Prado como quería Picasso. En la capital de España donde dos millones de españoles arriesgaron la vida voluntariamente durante casi tres años por las libertades populares incluidas las de los campesinos y los obreros de Euzkadi.

Filosofía, Arte y Letras